

# Usos de la palabra



TOMASA SAN MIGUEL es psicóloga, psicoanalista, especialista en Psicología Clínica. Es docente de grado y de posgrado, y supervisora en Hospitales de la Ciudad de Buenos Aires, provincia de Buenos Aires, el Hospital Nacional en Red “Lic. Laura Bonaparte”. Es integrante del Equipo de la Revista “Huellas: Psicoanálisis y territorio” desde 2017. Es autora, co-autora y compiladora de diversos libros.

*“Hay en la palabra para el psicoanálisis un operador “tero”: no hay que buscar en ellas lo que ellas significan, sino otra cosa.”*  
(Masotta, 1976, p.45)

La salud es un derecho. Y es colectiva. Sin acceso a la salud no hay salud mental.

Sabemos que lo mental, cuando aparece como pensamientos molestos, fijos, insistentes, que conducen a acciones que nos hacen daño a nosotros o a otros, no es saludable.

Sabemos que algo se puede volver urgencia, que podemos sentirnos tristes, desamparados, enojados, perdidos, sin ganas.

En tiempos de crisis esas sensaciones, sentimientos y malestares, muchas veces se profundizan, se agravan.

## El padecimiento social y singular

No hay oposición entre lo colectivo y lo singular. Esto nos permite pensar la constitución del sujeto y su relación con el Otro de lo simbólico y el otro semejante. Hay un lazo indisoluble “entre” el sujeto y el Otro lo cual nos permite salir de la falsa oposición adentro/afuera al mismo tiempo que se opone al concepto de individuo.

Lo singular se desprende del tejido social que funciona como ofrecimiento de base soportando (o rechazando) la relación a la palabra y al cuerpo ineludiblemente afectados de los decires de una época a partir de un encuentro. Lo social es el territorio donde el síntoma como acontecimiento del cuerpo anuncia que la cosa no anda, es el Otro, en cuerpo y discurso, de los primeros cuidados y la encarnación ley-deseo que transmiten la cultura en cada época.

En “El malestar en la cultura” Freud propone tres fuentes de malestar: la acción de la naturaleza, el propio cuerpo, la relación con los otros. ¿Qué queda de la naturaleza a partir de la voraz marca humana que asocia ciencia-capitalismo-técnica-consumo? El desastre natural da cuenta de la ferocidad humana y es catástrofe social que evidencia un plus de malestar que se encarna en el propio cuerpo y en el vínculo con los otros.

Ulloa (2011) revisa esta noción proponiendo la existencia de un “síndrome de mortificación” a partir del malestar “hecho” cultura, el cual se sostiene en la pérdida de coraje, de lucidez y de contentamiento corporal y de alegría, falta de entusiasmo y de erotismo. La mortificación no es un hecho aislado, individual sino una producción social, cultural, colectiva. De allí que la indiferencia sea generalizada,

un dormir acrítico, apesadumbrado, donde prevalece la omnipotencia del pensamiento centrado en el yo, en la ilusión del individuo que supone perdurar sin deseo. El resultado es una fuerte inhibición respecto de alguna rectificación, modificación o transgresión como acto. Es evidente que la “cultura de la mortificación” atañe al sujeto, las instituciones, lo social y lo político y que enmarca modos de desdeñar la búsqueda de la verdad y del saber y la potencia del cuerpo.

## Tratamiento por la palabra

Uno de los abordajes que se ofrece en el hospital público es el tratamiento con y por la palabra. Contar lo que nos pasa a un otro en el que confiamos, decir lo que sentimos, y cómo lo sentimos, ser escuchados y escuchar lo que se genera en ese intercambio.

¿Por qué la palabra es un posible tratamiento para el sufrimiento?

Delimitar el uso de la palabra en un tratamiento enmarca nuestra escucha. Se trata de las palabras que hacen cuerpo, como materialidad.

Para quien su oficio es escuchar se trata de que las palabras tengan un nuevo significado. Freud define al chiste como una condensación que produce una “palabra mixta” y expresa un sentido inconsciente. Esas palabras producen un efecto en el cuerpo. La clave está en que quien escucha se afecte de su sonido más que de su significado. Equivoca el sentido común de las palabras.

Me interesa subrayar esa indicación que define al chiste pero vale para la posición del analista

“acomodar nuestra postura psíquica al sonido y no al sentido de la palabra” (1905, p. 115). Es allí donde se juega la agudeza, la poesía, los juegos de palabras. Es allí, en esa disposición al decir, donde se define la función del analista y su interpretación como aquello que, resonando, afecta al ser hablante. Una agudeza permite el advenimiento del sujeto.

La función del analista es leer y escribir. A partir de los dichos se lee y escribe un nuevo sentido guiados por una ética que nos indica distanciar el ideal de la pulsión. Apuntamos a un decir íntimo, más allá de los significados establecidos por el lenguaje y la comunicación. Apostamos a equivocarnos ese sentido que petrifica a un sujeto y pronostica un devenir. Para eso, es necesario que la palabra resuene, que tenga algún impacto.

Nos importa la palabra como lo más propio de lo humano, aún en el silencio o las acciones. Aún en el rechazo. Allí suponemos palabra en tanto suponemos que eso nos quiere decir algo. Un significante puede ser un gesto, una mirada, un pedido cualquiera, una conversación aparentemente sin importancia.

Se trata de leer lo que alguien trae -un silencio, una mostración, un afecto- como un llamado, una evocación que nos orienta para trabajar con su sufrimiento.

Esa lectura depende de nuestra escucha. Una escucha particular que no se reduce a los significados que se desprenden de los dichos de quien nos consulta. Tampoco de los significados que nosotros atribuimos a lo que ahí se dice o se calla y se muestra. Se trata en esa escucha de pescar la cadencia, el ritmo de sus manifestaciones.

Dejarse habitar por eso, afectarse por esa escucha. Y entonces dependerá, en gran parte, de nuestra operación que alguien pueda esperar de la función de la palabra un medio para curar su padecimiento. Se trata de escuchar lo que ahí pasa sin esperar otra cosa, sin anticiparse, sin exigir un acomodamiento a las condiciones de un tratamiento y sin esperar lo que se supone que alguien tendría que decir sobre determinada cuestión que en ocasiones ni siquiera le resulta problemática. No esperar una confesión, no suponer que el inconsciente está en otro lugar más que en aquello que se produce en

un encuentro. La verdad está en el discurso mismo y no tiene relación con la exactitud o la objetividad buscada.

Hay decires que operan. Son los que afectan: permiten, habilitan, autorizan, inventan un lugar, una escena, un lazo, un soporte cuando la vida parece invivible. Un ayudar que no es moral, ni adaptado ni supone un bien reglado por la norma.

Esas palabras que operan sólo pueden surgir de un cuerpo afectado por lo que acontece y, en nuestro caso, por el deseo del analista.

Un deseo que no es puro, sino de la diferencia.

Un deseo de echar a andar la singularidad en los pliegues.

Un deseo que asegura un porvenir, un futuro que es un derecho y no fatal destino.

## Bibliografía

- Freud, S. (1905). “El chiste y su relación con lo inconsciente”. En *Obras Completas*, Volumen VIII, Amorrortu editores, 1992.
- Freud, S. (1930). “El malestar en la cultura”. En *Obras Completas*, Volumen XXI, Amorrortu editores, 1992.